

REIVINDICACIÓN DEL CONDE DON JULIÁN: EL FRACASO DE UNA SÍNTESIS

José M. Marrero Enríquez
Universidad de Washington

Abstract

This article deals with *Reivindicación del conde don Julián* as an expression of failure. The narrator needs to solve the labyrinth of his own life, represented as the site of the struggle between two conceptions of Spanish history: those of Américo Castro and Sánchez Albornoz. Don Julián, the traitor, sodomizes the child-narrator educated in postwar Spanish culture annihilating the myths of Sacred Spain. However, the destruction of these values does not lead to a synthesis or renovation. The rage behind this treason does not free the narrator but condemns him to the daily rewriting of his past full of irreconcilable contradictions.

Una novela cuyos pilares son paradójicos enfrenta en su composición la fatal necesidad de articular elementos contradictorios. En el caso que nos ocupa, la armonización sintética de tesis históricas irreconciliables tropieza ante una dificultad mayor ya que no sólo informa al mundo narrado, sino también a la entidad narrativa misma. En la *Reivindicación* el mundo novelesco es producto de la exégesis de un laberinto interior que se proyecta en la Historia, y del que el narrador afirma dirigiéndose a sí mismo: "consciente de que el laberinto está en tí: que tú eres el laberinto: ...juntamente verdugo y víctima" ¹.

Conocer la ubicación del problema garantiza que la escritura no errará a la búsqueda de patologías psíquicas para siempre ocultas en el abismo inconsciente del olvido, al contrario, la claridad fehaciente y ex-

plicita de que el narrador se enfrenta a un sentimiento muy concreto, su "odio irreductible hacia el pasado y el niño que lo representa" (278), orientará el esfuerzo de liberarse del laberinto interior a la destrucción del marco histórico-ideológico que lo ocasionó ².

Consciente de la causa externa de su problemática el narrador dirige su lucha a aniquilar el entuerto más allá de sí mismo y de sus traumas personales, y sitúa la reflexión y ensoñación destructoras en el ámbito más amplio de una sociedad regida por unos mitos cuya finalidad es mantener el orden a través de la represión. Por ello, la funcionalidad del niño que el narrador fue hace un cuarto de siglo no es tanto expurgar la problemática psíquica de éste, como minar y destruir todos los principios culturales avalados por el sistema represivo que la propició ³.

La destrucción de España por la huestes de Tariq es también la destrucción de la "mezquina sociedad de los años cuarenta para siempre malditos" (287), o en otros términos, la traición poética es la catarsis liberadora de un sufrido pasado que obstinadamente permanece en la memoria ⁴. Para llevar a cabo tal hazaña habrá que extender "la muerte y la profanación del infante" (295) —el crimen de una faceta de sí mismo— a los múltiples ámbitos que lo procrearon, es decir, a las múltiples esferas en que se apoya la imposición de un régimen político para conseguir un general consenso de valores.

El medio escogido, la novela, permitirá la libertad de expresar las tesis propias desvinculándolas de los presupuestos que basculan en la ejecución de un ensayo, o texto historiográfico. También posibilitará que el narrador asuma la capacidad metamórfica que le autoriza a desdoblarse como personaje en el mundo histórico sobre el que ejecuta la novela, y a vincular la traición y la crítica de los valores culturales promovidos por la dictadura a un sentimiento personal que no tendría cabida en un discurso histórico. La aniquilación de una visión del pasado devendrá simultáneamente en liberación personal de dogmas y tabúes impuestos por una educación fascista ⁵.

Desde un principio, cuando el narrador se despierta una mañana en Tánger, está presente la idea de revivir la traición del conde don Julián. Reivindicarla será destacar una presencia negada tanto en la conformación de España, como en la personalidad del narrador, una presencia sepultada bajo el imperativo moral de los valores reaccionarios del nacional catolicismo. Esta desmitificación de la historia oficial y de los fantasmas que ella ha creado en el narrador está íntimamente vinculada a la de las figuras literarias que la ortodoxia ha beatificado, ya que ambas inciden en el realce de unos símbolos que se han instaurado desde el poder como emblema del ser de los españoles ⁶. La destrucción que el narrador imagina también recae en el corazón mismo de esta complicidad que Historia y

Literatura tienen a la hora de establecer una imagen mítica del pasado que ha entronizado el senequismo como imperativo categórico en la actuación histórica de España ⁷.

El ataque será sistemático. Estratégicamente, “el área seleccionada para la metamorfosis y des-caracterización histórica ha sido cuidadosamente reconocida: ... : el área designada, el área H, se extiende desde las pendientes nor-occidentales del Moncayo hacia el Guadarrama, Gredos y la sierra Cabrera” (214). El plano topográfico corresponde a una geografía constantemente alabada en los textos literarios como representante de las esencias hispanas, y por lo tanto la destrucción se ejerce sobre un paisaje preñado de valores culturales, ya que “las entrañas de Gredos son como las entrañas de la Castilla heroica y mística” (154) ⁸.

Evidentemente, la destrucción del paisaje apunta también a la de los promotores del sistema de signos en el que aquél se inserta. La profanación habrá de remontarse siglos, pues:

la línea genealógica del senequismo, ... no ha dejado jamás de subsistir en España: ...: en el fondo del alma ibera hay un residuo indestructible de estoicismo que, hermanado íntimamente con el cristianismo, ha enseñado a los hombres de la Meseta a sufrir y a aguantar: hasta el paisaje, este entrañable paisaje nuestro parece empapado de efluvios éticos senequistas como observaron agudamente los maestros del 98 (182).

La profanación se extiende incluso al lugar de la génesis prehistórica de las esencias castizas, la cueva de Altamira. Tales esencias se prolongan a través de Séneca, del imperio romano, del pueblo visigodo, de la reconquista y unificación política y religiosa de España, hasta el presente de la dictadura franquista. Que las hordas árabes aniquilen a la capra hispánica y al carpeto —Menéndez Pidal y Sánchez Albornoz— en la cueva de Altamira, es imprescindible porque “la extensión y profundidad del mal imponen una terapéutica enérgica y rápida” (259), pero no es solución definitiva porque continúa, y no supera, un enfrentamiento secular.

El homicidio se lleva a cabo en una gruta, uno de los motivos recurrentes en toda la novela. Cavidad asociada al sexo femenino, el mito de la virginidad significa respecto a los demás signos que conforman el sistema anquilosado de representación del mundo impuesto por la ortodoxia. Una vez más, el pueblo árabe, bajo las arengas del narrador, será el encargado de violar el sexo de las invulnerables doncellas, y por extensión, la moral de un catolicismo ultraconservador y estático, y el emblema de la resistencia militar del heroico ejército franquista:

disponed vuestro agujijón venenoso
 vírgenes fecundadas por lentos siglos de pudor y recato
 esperan impacientes vuestra cornada
 sus muslos suaves, sus pechos mórbidos, reclaman a
 gritos la embestida, el mordisco
 saltad sobre la ocasión
 violad el bastión y el álcazar, la ciudadela y el
 antro, el sagrario y la gruta (242)

Hay pues una amplia conexión entre los mitos históricos y privados destruidos: vagina y alcázar, Seneca y Manolete, niño sodomizado y un pasado que el narrador no quisiera recordar. Y ninguna de estas conexiones de elementos dispares es gratuita. Émulo de Isabel la Católica, el narrador —también todos los de su generación— ha recibido una educación sustentada por una ideología impuesta a la fuerza, y trascendente a todos los aspectos de la vida que el narrador se propone descodificar. Es una educación a la que el narrador se ha visto impelido por la autoridad, y como Isabel la Católica, dirigido y obligado

busca los principios superiores de la vida en los libros, ...: oye misa diariamente, cumple con las horas canónicas: aprende latín para orar y lo domina como un consumado humanista: su padre le ha enseñado el amor a Dios: a tener honor y a ser esclava de la palabra: ...: a ser grave y veraz, casta, continente: a rezar el Angelus tres veces al día y a venerar a san Millán y Santiago, dos santos a caballo, heraldos del imperativo poético de Castilla y de su acrisolada voluntad de Imperio (233).

Bajo la tutela de esta España eterna —encarnada en Isabel la Católica— se gestó el niño reprimido. La destrucción de ella supone la destrucción de los mitos que la sustentan, y la sodomización del infante. Todo ello acaece en la novela, el éxito de la empresa parece evidente. Sin embargo, no hay una propuesta más allá del afán destructivo. La nueva aventura del conde don Julián no apunta a una renovación sintética de las viejas rencillas históricas polares. La posibilidad de una solución a la pugna dialéctica entre ortodoxia y heterodoxia ni siquiera atisba tímidamente por alguna de las páginas. La hipotética síntesis resultante no se produce, y la pugna de opuestos continúa. El edificio secular permanece incólume, como incólume permanece el deseo de derribarlo. La dialéctica es inútil, no hay progreso, sólo tautología.

De ahí la circularidad de la novela. La traición se lleva a cabo en la imaginación de quien “fuma y sueña diariamente” (138) ayudado del “hachich, aliado sutil de [su] pasión destructiva” (197), y por ello la *Reivindicación* ejemplifica un proceso *ad infinitum* en el que las huestes africanas

repite constantemente la hazaña. “Mañana será otro día, la invasión recomenzará” (304) son las últimas palabras de un narrador a quien el tortuoso proceso de escritura no ha liberado del odio a su “país de mierda” (120) y a su pasado ⁹.

El narrador afirma que “no es materia luctuosa la antigua tradición juliana, ni indigna de metro y prosa: los recursos más bellos y esplendorosos del idioma no bastarán jamás para magnificarla” (279). Todos los recursos del lenguaje tradicionalmente destinados a la vituperación prestan servicio a la glorificación de la gesta del conde don Julián ¹⁰. Pero la materia épica vinculada a la psíquica se resiste inefable al intento celebrador. Al fracaso invasor, evidente en la infinita necesidad de repetirlo cada día, va aparejado el fracaso que de antemano afronta el narrador en el nivel expresivo. Para superarlo el narrador adoptará como guía a Góngora, a “los versos miríficos del Poeta [que le incitan] sutilmente a la traición: ciñendo la palabra, quebrando la raíz, forzando la sintaxis, violentándolo todo” (158). Su compañía se hace necesaria en una novela que se apropia de todas las formas que el lenguaje ha adoptado como difusor de los valores morales eternos ¹¹. Si en la niñez se proveyó al narrador de valores castrantes a través del “romancero, [del] libro de caballería, [del] auto sacramental” (108), del drama de honor, es a través de su parodia como las reprimidas “inteligencia y sexo florecerán” (198). La parodia libera al lenguaje secularmente esclavizado al servicio de los valores castizos aplicando su forma al elogio de la influencia árabe en la conformación del ser español. En este sentido, la tradición es vista como una farsa en la que las formas han prevalecido sobre la capacidad de análisis. Por ello, la intromisión de un tema tabú en una tradición literaria libera a la Historia de la inercia provocada por la continua celebración de una esencia que sólo es eterna mientras la literatura se empeña en mantenerla.

En esta aniquilación poética liberadora subyace una paradoja irreductible: la de querer ejecutar el homicidio a través de una “palabra sin historia” (195). Utópica pretensión que se malogra en una novela que obsesivamente recalca su enemistad con las obras canónicas de la tradición más castiza. Por eso, más que glorificación de la traición hay vituperio de la tradición, y también, el lenguaje del traidor es necesariamente el lenguaje de la tradición.

Esta transposición del mismo lenguaje al servicio de ópticas en oposición no resulta en una solución de la dicotomía, antes bien, la recalca, puesto que la palabra impone su sustancial vínculo con la Historia. El narrador no aporta una innovación a la pugna académica. Impone un modelo, se opone a la oficialidad definiendo su postura con respecto a los valores oficiales. No sólo es reo de su pasado sino que se empeña en seguirlo siendo.

De acuerdo con Hayden White, la ficción de la Historia se encuentra en la misma necesidad de ser narrada:

cómo una situación histórica dada se configure depende de la sutileza del historiador a la hora de idear una estructura argumental con el grupo de eventos históricos que él desee dotar con una significación determinada, [lo que es] esencialmente una operación literaria, es decir, de crear ficción. [Además, esta contaminación formal hace que la] narrativa histórica no sea sólo una reproducción de los hechos de los que ella informa, sino también un complejo de símbolos que nos indica dónde encontrar un icono de la estructura de tales hechos en nuestra tradición literaria ¹².

Don Julián, el traidor, el icono negativo por excelencia de la tradición castiza, es transformado en icono positivo, en héroe, a través de la parodia de todas las formas que han contribuido a mitificarlo como figura diabólica. El casticismo impone una máscara, una ficción sobre los hechos de la Historia. La nueva versión novelada pretende la liberación del lenguaje de su secular carga de valores senequistas reivindicando la destrucción de sus símbolos. De esta forma la disputa queda en los límites de una dialéctica que renuncia a la creación de una nueva óptica, y se ciñe a recrear el pasado con un similar, aunque heterodoxo, manejo de valores rancios. Elección paradójica la de superar unos mitos conservándolos en otra tradición. Paradójica novela en la que la destrucción es simultáneamente medio y fin, y en la que la única salida a la pugna secular es su eterna repetición.

Notas

1. Goytisolo, Juan *Reivindicación del conde don Julián*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1985, págs. 126. Todas las citas refieren esta edición.
2. Para una consideración de la novela "injusta ideológicamente pero estéticamente muy valiosa" ver José Luis Aranguren, "El último Juan Goytisolo" *Estudios Literarios*, Madrid, Editorial Gredos, 1976, págs. 292-310.
3. Stephanie Sieburth estudia la alienación del narrador-protagonista a través del papel que juegan los textos en su fragmentación. Ver "Reading and Alienation in Goytisolo's 'Reivindicación del conde don Julián'" en *Anales de la literatura española contemporánea* vol. 8, (1983), págs. 83-93.
4. Aunque sobre otra realidad histórica mucho más dramática, los ensayos de Theodor W. Adorno "What Does Coming to Terms with the Past Mean?", y de Primo Levi "The Memory of Offense" ofrecen una reflexión sobre el papel de la memoria en el rescate de eventos traumáticos. Geoffrey H. Hartman, ed., *Biburg in Moral and Political Perspective*, Bloomington, Indiana University Press, 1986, págs. 114-37.
5. Theodore S. Hamerov reflexiona sobre la Historia como disciplina en "The crisis in History", *Reflexions on History and Historians* (The University of Wisconsin Press, 1987), págs. 3-38. Es un excelente ejemplo de lo que jamás se cuestionará el historiador oficial de una dictadura.
6. J. López Morillas en "Sanz del Río y el equívoco de Alemania" y Vicente Cacho Viu en "La imagen de las dos Españas" dan una imagen de la idea de regeneración desde la generación de Sanz del Río hasta la del 98. Representación, por demás, bien diferente de la que Goytisolo nos da de ciertas figuras de esa época. *Revista de Occidente* n° 60 (1986), págs. 7-27, 49-77.
7. Sobre la vitalidad que el mito da a la sociedad ver de Marcelino C. Peñuelas "Mito: historia y realidad", en *Mito, literatura y realidad*, Madrid, Editorial Gredos, 1965, págs. 70-79. Héctor R. Romero trata de "los mitos de la España Sagrada en *Reivindicación*" en *Journal of Spanish Studies: Twentieth Century* vol. 1, n° 3, (1973).
8. Hay suficientes testimonios y ensayos de Juan Goytisolo sobre las ideas que novela, y sobre la incidencia de ellas en sus textos de creación. Para ensayos ver *Disidencias*, Barcelona, Editorial Seix Barral, 1977, que contiene un apéndice con varias entrevistas hechas por Julio Ortega; y *El furgón de cola*, París, Ediciones Ruedo Ibérico, 1967). También ver la entrevista hecha por Randolph D. Pope en *Espejo de escritores*, Ediciones del Norte, 1985, págs. 107-28.
9. De la conexión íntima trauma personal-coerción política deviene la traición de la España Sagrada como traición de una parte de sí mismo. Para una visión de la *Reivindicación* en el marco de la novela española contemporánea ver de Ramón Buckley *Problemas formales de la novela española contemporánea*, Barcelona, Ediciones Península, 1983.
10. Para consideraciones de lenguaje en la trilogía de su segunda etapa narrativa ver de Matilde Albert Robatto, "Juan Goytisolo: destrucción y creación del lenguaje", *Boletín de la asociación europea de profesores de español* n° 19 (1978), págs. 57-66. Una panorámica más amplia la encontramos en Michael Ugarte *Trilogy of Treason: An Intertextual Study of Juan Goytisolo*, Columbia & London, University of Missouri Press, 1982.
11. El vínculo con Góngora y la fusión que se da en la *Reivindicación* de la novela crítica y la novela poema (lenguaje transgresor extra/intralingüístico, respectivamente) ha sido estudiado por Andrés Sánchez Robayna en "Góngora y la novela: 'Don Julián', de Juan Goytisolo", *Syntaxis* n° 12/13 (1987), págs. 50-58.
12. En "The Historical Text as Literary Artifact", *The Writing of History*, The University of Wisconsin Press, 1978, págs. 48, 52. (Mi traducción).